

Afonismos y otras formas de perder el tiempo

J. M. Jaén Bernuz



Ayuntamiento de
Lepe

Certamen internacional de poesía Ciudad de Lepe
I Premio Santiago Aguaded Landero

**CERTAMEN INTERNACIONAL
DE POESÍA “CIUDAD DE LEPE”**

**I PREMIO
SANTIAGO AGUADED LANDERO**

© **EDITA:** Ayuntamiento de Lepe. Archivo Municipal.

© **COORDINA:** Archivo Municipal.

© **AUTOR:** José Manuel Jaén Bernuz.

© **FOTO PORTADA:** Juan Carlos González González.

© **DISEÑO PORTADA:** Pablo Silveira Verano.

IMPRIME: Imprenta Real de Lepe S.L.

MAQUETACIÓN: Paco Cordero.

ISBN: 978-84-123278-1-6.

DEPÓSITO LEGAL: H 92 - 2021.

JURADO

José Antonio Ávila.

Gema Estudillo.

Victoria Galloso.

Francisco Ramírez.

Uberto Stabile.

**Afonismos
y otras formas de perder
el tiempo**

J.M. Jaén Bernuz

PRESENTACIÓN

El poemario que tienes entre tus manos, esta magnífica obra de José Manuel Jaén, nos ofrece la satisfacción añadida de haber recuperado la tradición lírica del Premio Internacional de Poesía “Ciudad de Lepe”, gracias al compromiso, el mecenazgo y la implicación y apuesta personal de nuestro paisano, el poeta Santiago Aguaded.

El elevado número de obras presentadas, la calidad de las mismas y la magnitud de la repercusión del certamen son la mejor respuesta que podía ofrecerse a este I Premio Santiago Aguaded Landero, que se ha fraguado en un año tan difícil y complicado como el del comienzo de la pandemia.

En este tiempo hemos sido testigos de una transformación sin parangón en nuestras vidas, hemos vivido el desconcierto y el miedo, hemos visto cómo todo nuestro día a día se derrumbaba, reducíamos el contacto, cuarentenas, confinamientos, cierres, despedidas... Sin embargo, como el propio José Manuel Jaén nos enseña, “hasta el tiempo más oscuro ofrece un resquicio a la memoria, un hueco entre las nubes por donde se desliza el sol”.

Estos meses han sido también los del acercamiento a la lectura, a la reflexión, a la creación literaria, los del refugio en la cultura como la mejor medicina contra la soledad, el desasosiego, la incertidumbre, el temor o la enfermedad.

Esta publicación es, sin duda, un excelente ejemplo de ello y el reflejo de la capacidad humana para la creación en las circunstancias más inverosímiles.

Con mi agradecimiento y enhorabuena a los organizadores de este certamen y, por supuesto, al autor, les animo a “aprovechar el tiempo” con la lectura de “Afonismos y otras formas de perder el tiempo”.

Juan Manuel González Camacho

Alcalde de Lepe

PRÓLOGO

MORIRSE, DEFINITIVAMENTE, ES UNA PÉRDIDA DE TIEMPO

I

Puede que Jaén, carpintero, amigo, poeta, amante de la cerveza, a veces malqueda, insufrible tenedor de la palabra, tejedor de espejismos, aforismos y tenebrismos, en equilibrio vago de la náusea y la ciencia, de lo asumible y lo improbable, de lo que resquicia por el verso y del verso en un resquicio recóndito del alma, tome hoy un café en su casa mientras mira a la pared, o lo que es lo mismo a un libro de poemas.

Puede que este ser mítico, del que pocos saben por vivir recluso en su cueva, también cuando no hay pandemia, exista realmente y este libro lo haya escrito con sus propios dedos.

Quién sabe si, tal vez, José Manuel Jaén Bernuz, es su auténtico nombre o se hace llamar así para, cuando pronuncias tres veces su nombre, aparecerse en el cabecero de tu cama, que se llena de mar y salitre y venado escopeteado y servido en un plato de huerta y campo, y susurrarte las palabras más infames: un poema.

Si es cierto que este poeta existe (nótese que pocos le han visto recitar ni siquiera la lista de la compra), sería algo así como un hombre lento y sabio que no da puntada sin hilo, ni hilo que aguante cien años.

II

Imaginemos que sí, que existe el susodicho poeta, y que hay quien le llama por su apodo de guerra, *el Jaén*, y que sus dedos son los culpables de los versos que este libro encierra y del espejo que se empeña en poner ante nuestros ojos abiertos de mirada ciega, ¿qué pena habría que imponerle a quien por mor de la vida se niega a exaltar las gracias que esta posee?

Apuntemos apenas unas pocas: Apple, Mercedes, Rolex, brillantes, diamantes, tirantes, acuciantes. También Gucci y otros productos que dictaminan que lo hortera es lo correcto.

Este tipo, que firma *Afonismos y otras formas de perder el tiempo*, tiene razón cuando dice: «la poesía debe ser el arte de escupir en contra del viento», pero ¿debemos por eso perdonarle la osadía de cuestionarnos/se/me/te de sacudirnos como lo hace sin sentirse, siquiera, un poco culpable de levantarnos de nuestros sofás abatibles y hacernos sentir incómodos siendo nosotros *nomismos*?

III

«La poesía es un arma cargada de futuro», decía aquel otro ser inmundo que hacía llamar poeta y murió en la indigencia, porque no hay que escupir contra el viento.

La indignación que las palabras que contiene este libro han provocado en mi alma abastecida de burgués *arrellanamiento* un alzamiento de las tropas enemigas (véase, mi alma) que ahora asedian torpemente las ganas de seguir leyendo poesía.

¿No es eso lo que hacen los buenos poetas, querer que sigas queriendo leer versos que no llevan a nada más que al pensamiento y la lucidez del seso?

Creo acertado decir que nunca vi tamaña osadía en los últimos tiempos en nadie que se haga llamar poeta, y que, como los buenos, los de verdad, los que viven y hacen nido en las redes sociales, firmen libros como quien extiende talones. La osadía de *el Jaén* es la de quienes no se atienen a la norma y la norma está para cumplirla y no saltársela así, por la buenas como hicieran José Ángel Valente, Gloria Fuertes, José Hierro o Chantal Maillard, entre otros y otras muchos y muchas a lo largo del tiempo y de la tiempo. Todos estos y estas, además, jamás se arrepintieron de querer espolear el pensamiento único, la estupidez del ser humano, la sociedad comodaticia en la que nos estábamos (ya lo somos) convirtiendo. Es por ello que este poeta, el de *Afonismos y otras formas de perder el tiempo*, tiene aún menos perdón. Porque, siendo él perfecto conocedor de los hechos acontecidos por las personas arriba mencionadas, ha decidido seguir sus mismos pasos y convertirse en uno de los mejores poetas que podamos tener ahora mismo en España. Una vergüenza para su estirpe y su casa.

IV

Por todo ello concluyo que, *Afonismos y otras formas de perder el tiempo*, debería arder en la hoguera, como ya hicieran sobrina y ama con la biblioteca del tal Alonso Quijano, de los

libros que asaltan el cerebro y los pone a funcionar. Tal osadía ha de ser castigada con el abandono, la soledad y la sensibilidad que, sin duda, harán que el llamado poeta sufra para siempre el deseo de seguir escribiendo este tipo de libros que, si bien no sirven para abaratar costes, curar enfermedades, hacer subir el índice bursátil, o hacer que el hombre llegue a Marte, anteceden a la subversión del individuo para convertirse en ser humano.

Y así será mientras la muerte siga rondando los versos y la vida se apropia de su lectura.

Quede visto para sentencia.

Carmen Moreno.

Afonismos y otras formas de perder el tiempo

*La boca és petita para segons quina paraula.
El silenci, en canvi, és immens como un vell
casalot familiar: tot hi cap, i tot s'hi perd¹.*

Gemma Gorga

*La poesia es un silencio
que no alcanzaremos a pronunciar
exactamente.*

Aitor Francos

*Hay pocas cosas
tan ensordecedoras
como el silencio.*

Mario Benedetti

1 «La boca es pequeña para según qué palabra./ En cambio, el silencio es inmenso como un viejo/ caserón familiar: todo cabe y todo se pierde».

Flashback

No he podido sacar adelante la película. Está ahí, pero se niega a cobrar vida. Creo que no hay otro modo de decirlo: ha nacido muerta.

Alfred Hitchcock

Como el triste azul del mar que se rinde una y otra vez a la misma playa sin ser ya la misma ola ni la misma arena, como el terco sol de enero que alienta la vida pero todo lo ensucia, los fotogramas en blanco y negro se suceden borrosos en el metraje de la memoria y, aunque rebobines y vuelvas a pasar la misma toma, se deshacen en puro subterfugio que la mente enajena sin saber que se trata de un error en la lista de corte del negativo que cambia toda la película desde la primera escena en el hospital —la enfermera neonatal con un pedazo de soledad entre los brazos— y el premonitorio soliloquio inicial en manos de una actriz de reparto: «lamento comunicarle que ha sido usted padre... es poeta».

Sin propósito de enmienda

Si, como decía Fabián Isunza, «La escritura es el arte de escupir hacia arriba», en particular, la poesía debe ser el arte de escupir en contra del viento.

Silencio

Tomo palabras corrientes, robo en los diccionarios, las mido, sopeso y examino: con ninguna atino.

Wisława Szymborska

Silencio. Esa es la palabra. La palabra que define la ausencia de la palabra, aunque haya palabras que convivan con el silencio, palabras magnéticas que se adhieren a paladares selectos, de alta escuela, o a bizarros escrutinios del prozac en busca del libro que devore como un lobo la inocencia. El silencio es la palabra paradoja que hurga en los cubos de la basura en busca de las mismas palabras que desechaba ayer para la cena de hoy, el pan duro mullido con las comodidades miasmáticas del circo de la pena, mientras las voces marginales que oscurecen el sexo, las letras carne de psiquiatra incapaces de construir la palabra deseada y las metáforas cirróticas que pudren el hígado, se descomponen en un tiempo que ya no existe. Porque el silencio es la palabra sin tiempo, aunque conviva con un tiempo en suspenso y otro, único código inquebrantable, que parirá con dolor y amoroso alivio a este mundo que no cesa palabras corrientes, dóciles, prescritas, que crecerán en la belleza junto a la necesidad enfermiza de sus hermanas inaccesibles, sucias, proscritas, hasta pervertirse en ese poema que mide, sopesa y examina qué palabras despojar de otros poemas mientras se limpia las gafas a la espera del último desatino de la poesía.

Silencio.

El corte a tijera del sastre ciego

En una ocasión conocí a alguien que se decía poeta. Éste pidió a un sastre ciego que le hiciera un traje con el que vestir el poema que le colgaba de la lengua. El problema era que la lengua le colgaba de un precipicio, y el precipicio le colgaba de la escarcha, y la escarcha le colgaba del miedo, y el miedo le colgaba de un dios que colgaba. Era un poema basura que le llenaba la boca de silencio, silencio que enseñó al sastre que, para todas las puertas que daban a la nada, era la llave sin cerradura, el muerto en el funeral ajeno, el niño que le retuerce las amígdalas al mundo en una playa donde mañana alguien tomará el sol y leerá un libro de poemas pornográficos, el fondo del vaso en los bares donde la memoria se acoda ebria en una esquina de la barra mientras hace acopio de frases hechas que nacen a medio hacer y sueña ser un verso de ese libro que se lo haga en el baño con el olvido, el modelo al desnudo para el bosquejo a tijera alzada de ese sastre ciego que acaba por hacerle un corte de mangas a todos sus versos por miedo a los poetas y a la poesía.

Selfie

Lo mejor del olvido es el recuerdo...

Gloria Fuertes

En la soledad del *selfie* el poeta se encuentra en compañía de todos los olvidos. Al dorso de la instantánea la vida firma un recordatorio de que nunca estará solo: «lo mejor del olvido eres tú». Entonces recuerda su incapacidad para olvidar que es poeta y añade: «quien soledad necesita así mismo se estorba».

La vida

Decía Julio Mariscal que la poesía hace benigna a la locura.
Te pasas la vida buscando la pieza que falta en el puzle, el verso que no acude a la luz, la nube negra en el horizonte, que te impiden ver la fotografía, el poema, el cielo, la vida.

Resiliencia

Cuando no encuentra motivos para seguir, mira al cielo y observa, en la turbadora lejanía, la perseverancia en la luz de la estrella que agoniza y, aun así, sabe que hasta en la más profunda oscuridad, donde habita un ser que duda, su brillo temblará tiempo después de su muerte. Cuando cree que ya nada podrá sorprenderle, acontece el asombro que genera la quinta pata y que, aunque desafía a la naturaleza, no hace al gato más dichoso que si arrastrara los cuartos traseros. Cuando quiere descifrar el lenguaje de la noche, acaba con unas preciosas ganas de traducir al esperanto sus propios aullidos, la declaración de intenciones de un perro que no aspira a ser lobo. Cuando se reconoce en un viejo pedazo de historia, consulta su nombre en un trozo de papel amarillento y en el reloj la puntualidad de su hora, aunque no haya historia, nombre o reloj que importen a los muertos. Cuando siembra palabras crecen margaritas para los cerdos que creen que Don Quijote necesita ir al psiquiatra para saberse de nuevo Alonso Quijano, aunque a éste le baste preguntar al mar.

Cuando quiere ponerle nombre a cuanto piensa y siente, de alguna manera, acontece la palabra Poesía.

Todo lo demás, lo nunca dicho, cuanto devora el silencio, y cuanto queda por decir, se llama vida.

Paráfrasis

*A veces
no me acuerdo de ti
(¿también esto es la muerte?).*

José Ángel Valente

Todas las puertas del tiempo cerradas, y la memoria sin llaves.
¿También esto es la muerte?

En tierra de nadie

A la poesía, inseparable insensatez.

*Nada de lo que recordamos es verdad, nada de lo que
imaginamos es mentira.*

Clara Obligado

I

Vivo en ese espacio que existe entre el recuerdo y el olvido,
una tierra de nadie donde la memoria no logra discriminar lo
vívido de lo vivido del tiempo en el que vivo.

II

A veces no me acuerdo de ti. Te pierdo en la deriva cotidiana,
en la refriega por no perderme a mí en mí mismo. A veces pasa
que me encuentro a mí mismo en mí, y me acuerdo de ti, pero,
porque no soy yo mismo, tampoco tú, sino un atisbo de luz que
mi sombra idea, memoria infiel que nos mutila, muerte de lo
vívido en lo vivido, que me empuja a dejar a la imaginación el
recuerdo de este poema sobre el olvido.

En el silencio se condensan los amores de Shakespeare: la paz
y el llanto. Y, en ocasiones, la tiranía.

J.M. Jaén Bernuz

No hay muerte más silenciosa que el paso del tiempo. O quizás la muerte de la memoria en el parto del olvido.

Afonismos y otras formas de perder el tiempo

Hermano del olvido, hijo bastardo de la soledad, es el silencio.

J.M. Jaén Bernuz

Vergüenza

Incluso el silencio se ruboriza cuando el mundo calla y olvida.

La habitación blanca

Cierra los ojos a la oscuridad. Imagina la vida junto a seres irreales, que no ilusorios, y que caminan por la cuerda floja sin precipitarse. Es equilibrista. Conoce el precipicio. Abraza el abismo. Ahora no tiene miedo a caer en la locura, sino a que la locura le caiga encima, y encima el abismo, y encima el precipicio, y luego la cuerda, y con ella, sujetándola, todos los monstruos que pueblan el mundo, seres reales, que no tangibles, pero más aún, piensa, los que están dentro, seres ilusorios, que no irreales. Abre los ojos a la luz. En la habitación blanca, menos el tiempo, todos los monstruos siguen ahí.

J.M. Jaén Bernuz

Cadáveres

Todas las relaciones humanas dejan tras de sí un rastro de
poemas que se pudren al sol.

En legítima defensa

Prometo que sólo escribo en legítima defensa.

Marina Rosado Andrades

Ambos eran conscientes de que aquella historia no tendría un final feliz. En sus cabezas se viralizaban ideas de un rojo eléctrico. En un duelo de silencio, los dos escogieron sus argumentos. Él eligió las armas de la guerra. Ella, escribir un poema donde le decía que se había llevado todas las balas.

J.M. Jaén Bernuz

Terrorismo

No es no.

Todo lo demás es istmo del terror.

Oración

Que dios nos perdone si después de crearlo le dimos la espalda a sus sinrazones, si decidimos ponernos en pie de guerra y caminar, no a cuatro patas, sino sobre dos piernas, si no hincamos la rodilla a menos que sea para recoger el fruto de la tierra que trabajamos, si no cazamos en manada ni en solitario, sino que recolectamos el tiempo que la naturaleza nos diera para compartirlo con nuestras iguales, que dios nos perdone si no somos hombres de verdad y, de verdad, somos hombres que no perdonan a dios que sus horrores se parezcan tanto a nuestros errores.

Fatum

Éste es el único poema que habla de ti, y tú ni siquiera sabes quién eres. Te arrastró el tiempo mientras una guerra, otra más, crecía silente en el corazón herrumbroso del mundo. Zagajewski escribió «En alabanza a un mundo mutilado» y vino el tiempo a precipitarse en las cuencas de mis ojos como un pájaro contra el cristal de una ventana. Si existe algo parecido al destino, cuando escriba mi último verso, no me cabe duda de que seguirán las guerras asolando mi memoria, pero tú serás la ceniza del silencio en la boca de todos los poemas.

Afonismos y otras formas de perder el tiempo

Con permiso de la muerte

El olvido es la forma más eficiente que la memoria tiene de perder el tiempo.

J.M. Jaén Bernuz

No hay pecado en la forma que tiene el tiempo de amar al
hombre. O tal vez gula.

La luz al final del mundo

La primera vez que supe del amor la luz en el mundo apenas balbuceaba y nadie conocía el llanto, aunque eso lo aprenderíamos pronto junto a otros tantos prodigios. Dos generaciones de hombres inasibles son suficientes para adiestrar una estirpe invisible. Ella era ya vieja cuando el mundo nació y en su pecho llevaba enhebrado el mantra de los supervivientes, siempre en el camino, siempre sin equipaje, siempre en la lucha que a los muertos corona de olvido. Vagué por los eriales de la poesía, me perdí entre los brazos de la soledad y me derramé circuncidado por seres luminosos que se habían sumergido en los secretos de su ternura. Aunque nunca significué nada para ella —la sangre me avalaba— jamás olvidaré su nombre, aunque no lo conociera. Hubo quien la llamó Puta, pero yo quise creer que se llamaba Esperanza. Aunque hubo quien pudo comprarla, nunca tuvo dueño. Y ningún hombre podía decir lo mismo. Anhelé ser libre para reencontrarme con ella aunque sólo fuera en mi locura.

La busqué en todos los ecos de la luz que me hablaban de su sombra. La busqué en manicomios, prostíbulos, bares de copas y en los cafés más solitarios. Y la busqué en Ítaca, en Comala y en Macondo, lugares en los que intuía que se escondía y donde me encontré a mí mismo. En la luz al final del mundo, a orillas del silencio, por fin, encontré a su hermano contemplando el esqueje roto de una rara flor de corolas marchitas que se parecían a todas mis lágrimas, y le pregunté ¿qué se hizo...?, ¿qué fue...?, y me apenó saber que también el tiempo hacía mucho que no sabía nada de la vida.

Adermatoglifia

Ella entrechocó tres veces los talones de sus zapatos rojos, pero nunca regresó a casa. Su tiempo se hizo añicos de estraza que salpica el interior de una caja de hojalata donde guardó su corazón, la luz y la memoria, el sueño y la duda, la entrega y el miedo. En una fotografía sostiene entre los dedos un cigarrillo con la pureza de un animal que se sabe amado por la cámara y la firmeza de una actriz que reescribe el método. Apenas la reconocería si no fuera por instantáneas como éstas de una vida desenfocada, donde será siempre ella misma: extraña, sencilla, e incomparable, como las huellas que se gestan en los dedos de los niños al acariciar la piel del vientre de su madre. Apenas la reconozco, porque no tengo huellas dactilares. Y en esta casa nadie habla de los muertos.

Al otro lado

En algún lugar, al otro lado del sueño, suena la escala de grises autómatas de un teléfono. Está en una habitación sin escapatoria. Al otro lado, nadie contesta. Al otro lado, nadie llama. Alguien da por muertos a los poetas exiliados en su locura. Alguien escribe cartas a mano que ni convencen ni consuelan a los suicidas (con)versos. Alguien entrega su luz a la entraña de una tierra donde las humedades arrinconan al tiempo y rezan al miedo. Alguien arde en la habitación y alguien arde al otro lado de la habitación, y se retuercen las manos frías recordando cómo era tocar el fuego; cómo era ser ceniza que anhela seguir amando. Alguien coge el teléfono... *al otro lado de esta vida nadie responde, pero yo quiero seguir hablando*².

² Luna Miguel, «Sexo a media tarde en el Trastévere», *El arrecife de las sirenas*, La Bella Varsovia, 2017.

Vacío

*Roto, vacío, desterrado,
pero libre, al fin, de la inmortalidad más absurda³.*

Juan Moriche

Ni la victoria escrita con medias tintas de la carne sobre la nada, ni el empeño que ponen los seres queridos en morir tarde o temprano, ni el tiempo que posa su mano en tu hombro como un amigo que te dijera: «Estaré contigo hasta el final de los tiempos», ni el amor que se escurre entre los dedos y se pierde por las alcantarillas, ni el olvido en llamas, ni el camino recto de nunca, ni el renglón torcido de siempre, ni el suicidio, ni la inmortalidad más absurda, ni las baratijas que ofrecen los mercaderes del verso y del sexo, ni la libertad con derechos de autor, ni la siembra de margaritas para los cerdos, ni el desierto que queda después del poema. Cuando te encuentras tan vacío que nada tienes que decir, desterrado, no hace falta mucho para entender que ya sólo te queda hablar de la vida.

³ Fragmento de «Roto», en *Tercera Comunión*, letra de Juan Moriche y música de Brutal Thin, Discos Suicidas, 1999.

En todas las calles

En todas las calles del mundo los muertos caminan como títeres. El presente ya es pasado cuando tienen esa extraña sensación de estar llegando tarde a su propia autopsia que les deja en la boca el atisbo del futuro. Una vieja promiscua regala poemas en las mañanas harapientas. En ellos cuenta cómo cada noche acoge en sus pechos la sed ebria de los ángeles mugrientos que esconden bajo cartones sus cuerdas vocales, cómo entre sus piernas duermen por cuatro perras todos los poetas que viven de la palabra que mendigan a las puertas del asombro, cómo derramó la sopa espesa y fría de la melancolía en las bocas de los metros a ninguna parte, y besó las mejillas de las hijas del olvido antes de que se ciñeran los tacones y se quitaran la vida por unas horas de placer ajeno. Soledad se llama, y está en boca del viento, de los perros que ladran en la madrugada al guiño estrábico de las farolas a las estrellas, y de los niños que lloran el cálido pan de ombligo que se lleva el frío del mundo, aunque, por un momento, olvide a sus hijos y te mire como si fueses su parto predilecto, un verso sucio que diera a luz en las calles tan sólo para romper la quietud de los charcos. La ciudad huele a luz hecha cenizas, a campana quebrada y a sexo. Se celebra la vida en todas las casapuestas que gimen mientras tiritan dentro todas las muñecas rotas en manos del miedo a no ser lo que tienen, y, en un giro surrealista de la trama, miedo a ser quienes no tienen miedo. Y en todas las calles se celebra que el miedo es libre.

J.M. Jaén Bernuz

Contra natura

Que el hombre sea uno de los mamíferos que menos tarda en abrir los ojos lo dice todo de la especie; que haya especímenes capaces de pasarse la vida sin abrirlos es lo que me deja sin palabras.

El miedo nunca induce a la reflexión. Llega en silencio y nos seduce con facilidad impúdica. Nunca se va sin estragarnos. Nunca sin hacer ruido. Y en medio del farrago siempre deja un sabor a cuchillos embotados en la carne de la noche.

Septiembre

*En tu corazón ya cae
la lluvia que anuncia el viento;
y septiembre es este frío
del alma, más que del cuerpo.*

José Mateos

Es miedo, me digo. Es sólo miedo que balbuce entre los espasmos intuitivos de músculos que una vez fueron trabajo duro, rabia, fatiga y mansedumbre. La misma que se deja llevar, de la mano de un extraño que a veces ensucia sus labios con la palabra padre, hasta un rincón remoto de la vida. El viento dibuja lejanas caracolas, que nadie ve, en la piel de una nube solitaria. Ahora todas las imágenes son fotos que flotan boca abajo y reflejan el blanco y negro de otros cielos. Los niños salpican agua sobre la memoria de un hombre cuyos recuerdos, de una extraña familiaridad, nadan contra el tiempo. Es miedo, me digo. Es sólo miedo esa escarcha de orina que, como en un sueño húmedo, orilla la pernera mientras crece en la mirada la sombra de los violentos cuervos que trae el otoño.

Ayer

Aún me acuerdo de ayer, de las ruinas de diciembre con las que el tiempo construía enero, aún recuerdo cuando el viento levantaba sueños desportillados para quitarle al tiempo aquella hambre sin edad, sueños que se diluían en el tiempo al mismo tiempo que el tiempo se deshacía entre sueños que se llevaba el viento.

El *encalijo*

La cal de los muros, la blanca desnudez del hogar se adueñó del tiempo. Pero al igual que el tiempo, que se desgrana imperturbable como escombros, la luz de aquellas paredes se descalichaba como se desmoronan todos los *encalijos* que retienen cuanto pertenece a ese rincón henchido de amor que es la memoria, escondiendo el propio tiempo tras cada veta de luz. Y aunque sea inevitable la grieta por donde escapen retazos de oscuridad, aunque esconder el tiempo sea otra forma más de perder el tiempo, siempre habrá más hogar que ruina, siempre más luz que sombra, siempre, en cada estrato de tiempo, amor, amor, amor.

Amátrida

Exiliado, refugiado en mi sangre, viendo cómo corre descalzo el tiempo sobre el olvido en llamas, asilado en esta tierra extraña que es mi cuerpo sin tus manos, celebrando cada marzo que mi hogar eres tú.

Sueños

Los sueños se llenan la boca de ceniza antes de que el tiempo tome la luz de la mano y asuma que carga con su propia muerte. Los sueños se encaman en la noche como amantes inexpertos y, para cuando la luz de la mañana les incendia la boca con un beso de despedida, recuerdan cómo era tener la boca llena de ceniza, cómo eran sus hermanos, cómo sus madres, cómo fueron abandonados en otras vidas por la luz en brazos de la tormenta o del viento que, en las azoteas, mecía entre cordeles sus ropas húmedas con la misma fuerza que los niños ponen a prueba las leyes no escritas de un columpio, desnudos los sueños, a la intemperie, sintiendo cómo se escapan los dedos fríos de las horas cada vez más enfermas. Y ya es tarde hasta para rendirse, y piensan que la ignorancia es el más cómodo y sensato de los saberes, y se apenan de sí mismos. La pena es un animal rabioso. Y hay sueños que se consumen en la rabia. Otros les llenan la boca de ceniza a sus hijos para que no rumien la triste herencia que el tiempo les deja.

La lengua de la vida

Si la memoria fuese sueño, evocaría la humana idea de ser algo diferente a lo que fuera, pero reconociendo cuanto saber debiera para aventajar a la muerte. Si la memoria fuera sueño, imaginaría ser pájaro o poeta, pero seguiría hablando ese extraño idioma que hablan los recuerdos y que la muerte no comprende, la lengua de la vida, la voz de la libertad.

La memoria esconde grietas por donde los recuerdos escapan al olvido. El pasado se pinta la cara de negro. Pero hasta el tiempo más oscuro ofrece un resquicio a la memoria, un hueco entre las nubes por donde se desliza el sol.

Como Don Quijote, a quien el mar recordó su verdadero nombre, podríamos preguntar al océano de tiempo que se espeja en la memoria sin miedo a descubrir que todos somos Alonso Quijano.

Sin enmienda ni propósito

Cuando se cuestionan por qué, a pesar de mi afán negacionista, me empeño en escribir poemas acerca de dios, no me queda más remedio que reconocer que en poesía nunca he desdeñado la ficción.

Alegato final

Escribo esto en defensa propia. La vida me dio la filiación de los muertos y se quedó con la mitad de mi sangre en fideicomiso. Negué tres veces a todos mis maestros. Dios me abandonó pronto, pero no sus perros. Dedicué mis horas muertas al estudio de la mecánica de los cuerpos celestes en el vacío. Amé poco y mal a mis maestras. Obtuve una licenciatura en economía sumergida y un máster en ciencias políticas aplicadas al estado de bienestar propio. No tuve oficio ni beneficio, ergo, me amaron poco y mal mis hijos nonatos. Me llamaron poeta, pero no respondí al insulto. Escribí en los muros, en las nubes, y publiqué mis memorias con el título de *Sobre el olvido*. Me sentí poeta, y sucio. Morí en pecado, y lo disfruté. Cuando desperté me preguntaron si tenía algo que alegar, en prosa o verso. Me puse prosaico. No hay alegato más triste e inútil que la poesía, o quizás la metafísica propagandística que justifica el miedo a la vida.

J.M. Jaén Bernuz

Morirse, definitivamente, es una pérdida de tiempo.

Presbicia

No creo que pudiera acostumbrarme a ver las cosas con otros ojos. Como si no tuviera suficiente con adolecer de vista cansada, tendría que asumir como propia la ceguera ajena.

No hay tiempo más desnudo ni silencio más obscuro que el que acontece a la vuelta de la última página.

EPÍLOGO

Breves palabras sobre el arte de ser breve

Afonismos y otras formas de perder el tiempo es una biblia de andar por la vida, donde el suelo siempre está sucio o lleno de hojas y la primavera camina en manos del olvido. Es la palabra que alumbra las sombras, la luz que le quita las telarañas al poema. Es el silencio que se remueve inquieto en la conciencia. Son dos barajas que pierden la partida. Una moneda que compra aquello que no hace falta. Un guiño a las farolas y un vaso vacío en mitad de la barra. Pero también un corazón que danza en el folio. Una sonrisa que rompe las olas o el rayo que le mete el dedo a las nubes negras. Es el mapa de carreteras donde el amor se estrella contra una curva. Es un modo de salir de pie de la jungla. Para engañar a la muerte arroja con furia el bolígrafo, la pluma, el lápiz, los latidos, ... Asómate al abismo. Aquí queda un verso colgado de una rama. De esos que nos llenan la boca de asombro.

Alejandro Pérez Guillén.

J.M. Jaén Bernuz

Este libro terminó de imprimirse en
los talleres de Imprenta Real de
Lepe, el día 7 de julio de 2021,
festividad de San Fermín,
siendo alcalde de Lepe
Juan Manuel González
Camacho

LAUS DEO



Archivo Municipal